

## Un café con Alejandro Rossi

Gustavo Guerrero

—En la breve nota liminar de *Manual del distraído*, dices que el libro «nunca se castigó con limitaciones de género». Los textos que lo componen forman, en efecto, un conjunto bastante heterogéneo, entre la narración, el ensayo, la crónica, la reflexión y el recuerdo. Si no me equivoco, todos —o casi todos— aparecieron en *Plural*, en esa columna tuya que muchos seguíamos con fervor, mes a mes. Me gustaría saber cómo y cuándo decides reunir aquellas páginas sueltas en un volumen. Creo que se trata de un momento clave en tu trayectoria, pues es también el momento en que el filósofo de Lenguaje y significado se convierte en el literario autor de *Manual del distraído*.

—Es verdad, esos textos en su gran mayoría aparecieron en *Plural* y algunos en *Vuelta*, la revista que nació apenas tres meses después del cierre de *Plural*, una hazaña de la que algo me toca, pues fueron muchos los amigos que colaboramos para que saliera el 15 de noviembre de 1976. Fui su director interino los primeros cuatro meses, hasta que Octavio volvió de Harvard. Años de intensa confraternidad literaria.

*Plural* me dio la oportunidad de escribir literatura, aunque no era la primera vez, la cosa venía de lejos, fíjate que a los 16 años publiqué un artículo en *El Debate*, un periódico importante de Montevideo. Sucede que pasábamos las vacaciones en Atlántida y ahí conocimos a la familia Guarnaschelli. Él era el director del periódico, un hombre bueno que quiso animarme (me había descubierto garabateando un cuaderno en la playa) y me invitó a redactar unas páginas. Tal vez para halagar a mi madre y a un tío venezolano que nos acompañaba, escribí sobre Caracas tres o cuatro cuartillas a la manera de Gómez de la Serna, autor admiradísimo entonces y también ahora, una de las continuidades de mi vida, y a quien tuve la suerte de ver —o contemplar— en una conferencia sobre el romanticismo, más bien sobre los «objetos románticos» que él había llevado a aquella sala de Buenos Aires. Guarnaschelli, de nombre tan sinceramente italiano, era un hispanista de corazón y, dicho sea sin demérito de su memoria, se entusiasmaba con *El Embrujo de Sevilla* de Carlos Reyles y seguramente con otras aportaciones rioplatenses al folclore español. Me recitaba trozos del

*Quijote* (que yo no había leído completo, ni siquiera –¡qué vergüenza!– en inglés o en toscano) y me obligaba a educadas sonrisas de aprobación. También hablamos de otro libro: no, no era *La Gloria de don Ramiro*, era (lo siento) *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, apólogo que los jesuitas me forzaron a leer. Redacté las cuartillas a una velocidad de la que ahora me enorgullezco, parecía yo un adolescente predestinado. «Te las publico», fue su maravilloso comentario y todavía añadió que al día siguiente iríamos al periódico y así conocería el proceso entero de impresión. Fueron una tarde y una noche excepcionales, de lo mejor de aquellos años y eso que –¡faltaba más!– no olvido mis amores prematuros con *La Brasileira*. Guarnaschelli me presentó a una serie de tipos que años después volví a encontrar, como en un museo de cera, en las obras de Onetti. Guarnaschelli me lo debería haber dicho: «Mirá, este está en *La Vida Breve* y aquel de allá con cara de caballo vive en *El Astillero*». Luego me llevó al linotipo y allí estaba mi artículo. Lo vi y me paralicé: yo lo había escrito en frases aisladas, cada una separada por un punto y aparte, al modo, supongo, de greguerías individuales. Ahora todas ellas venían a renglón seguido, conectadas por la tinta verde del corrector. Quedé helado y algo le dije al Virgilio uruguayo. «No te preocupés, ellos saben todo, son los verdaderos escritores. Vení conmigo, te voy a llevar allá». El doctor Varela, alias El Gordo, oyó la pregunta del director y me contestó con cierta dulzura: «Esto es prosa, pibe, creeme, está mejor así, además hay que ahorrar papel». Me gustaría pensar que le respondí una frase brava, onettiana, en fin, algo, aunque fuese una mueca escéptica. Pero la verdad es que empecé a pensar que el gordazo tenía razón, me gustó eso de la prosa. Cuando salieron los primeros ejemplares ya había olvidado el asunto y sentía que algo importante me había pasado, que ya no era, –para decirlo tangueramente– el mismo de ayer. Para rematar la sesión, Guarnaschelli me invitó a tomar un café con leche y medias lunas al café *Los Inmortales*, famoso porque allí había recaído Florencio Sánchez, el autor de *Barranca Abajo*. Bienvenida sea esta oportunidad de darle las gracias a Luis Guarnaschelli después de 54 años.

Me parece que siempre quise que los textos del *Manual* llegaran a formar un libro. La cultura hispanoamericana acepta con normalidad las reuniones de prosas diversas. Más aún, me encantaba ese género sin género y lo consideraba el de mayor virtuosismo. Tómese en cuenta que en buena medida me había formado en el culto al texto breve: Borges, José Bianco, Cortázar y en México las invenciones de Arreola y las sabidurías prosísticas de Monterroso. En fin, el *Manual* comenzó con un tono de ensayo abierto y según avanzaba se agregaron algunas incursiones narrativas. Pero desde el principio hubo una cierta voluntad estilística, el deseo de

acercarse a la literatura. De modo que el momento clave no es la decisión de publicarlo la redacción del primer texto. Si hubo un salto, allí es donde se dio.

—*El crítico y cruel Gorrondona enseña, en uno de tus cuentos, que «todos los escritores vomitan su infancia. Es cosa de tiempo». No eres una excepción a la regla. Varios textos de Manual del distraído, como «Robos» o «Relatos» dan fe de ello. Me parece, sin embargo, que, en tu caso, la presencia de la infancia tiene otra dimensión menos evidente y más profunda. Aludo a la huella que, en tu imaginario y en tu escritura, dejaron los años que pasaste de niño en Venezuela. Fábula de las regiones es, como ya se ha dicho, un libro que recrea una lengua y una atmósfera venezolanas, pero que lo hace, claro está, con la distancia que la ficción impone. Tú inventas otro país, un lugar sin lugar —la región o las regiones—, un mundo sin definidos contornos donde reina una cierta nostalgia y el impreciso sabor de los recuerdos. Quizá por pudor nunca has querida afirmar que se trata de tu libro más venezolano, pero la palmera de Reverón en la portada de la edición de Anagrama es más que una signatura: es casi una confesión.*

—Tiene razón Gorrondona: es cosa de tiempo. Ningún escritor puede darle la espalda a la infancia: allí nos pasó todo lo que importa, allí está el edén y el infierno, la épica y el drama que a lo mejor la vida adulta nos negó. En mi infancia está Venezuela, aunque muy mezclada, naturalmente, con Florencia, con Roma, con Italia. En tiempo de reloj o de calendario, he vivido poco en Venezuela, son muchas estancias breves (salvo el 43) y que sumadas apenas rebasarán los dos años. Pero en tiempo emotivo, en «educación sentimental», Venezuela le proporciona a mi infancia personajes, historias, voces y sonidos. ¿Por qué? Porque nuestra vida —estuviésemos donde fuese, en Florencia, Roma, París, Sevilla o Buenos Aires— estaba rodeada de amigos y parientes venezolanos. Hay un hecho que simboliza las situación: me bautizaron en el *Battistero* de Florencia, pero mi padrino fue Gustavo Manrique, entonces un famoso abogado de Caracas en cuya casa, llamada «La Carlota» y convertida hoy en aeropuerto militar en pleno centro de Caracas, pasé tardes interminables. Llegó Gustavo cargado de regalos y medallas conmemorativas y con la novedad (muy celebrada) de una cámara de cine. No hay que olvidar, por otro lado, el nombre y la figura del general José Antonio Páez, abuelo de mi abuela, y fuente de infinitos cuentos y discusiones. Como bien sabes, el general se ha convertido en la *bête noire* de un insolente coronel de boina roja que se cree presidente de Venezuela.